

# “LAS NOCHES ROJAS”

DE JESÚS FERRERO

Primer premio  
XIX Certamen Internacional de Poesía Barcarola

## **1. La calle de las luces fulminantes**

Hay conciencias que sólo hablan por la noche,  
que sólo por la noche se abren  
al ser del otro  
como flores devoradoras de insectos.  
¿Mi memoria sólo se abre por la noche?  
Cinco noches fueron  
en el Wilmersdorf hotel, cinco  
noches en la calle de las Luces Fulminantes  
donde me vi enfrentado  
a las primeras visiones de este libro.  
Llegué a Berlín guiado por la estrella Polar,  
en trenes que hacían recorridos mínimos  
y que parecían alejarme cada vez más de mi destino  
como en la fábula de Aquiles y la tortuga.  
El hotel estaba lleno de almas perdidas  
que apenas hablaban y que gemían al alba  
como si cantasen agónicas  
canciones chinas.  
Dos mujeres regentaban el establecimiento,  
hermanas en la tribulación  
y hermanas también de sangre.  
Tenían más de cincuenta años  
pero parecían  
alegres chicas de San Diego  
con sus minifaldas y sus pantalones ajustados.  
A mí me daban miedo y a la vez me provocaban  
una gran fascinación:  
semejaban dos almas fieramente aferradas  
a una imagen de sí mismas  
que quizá se perdía  
al fondo  
de su noche  
personal.  
Pero en su transparencia  
de actrices empeñadas  
en darle un poco de luz al teatro de la cotidianidad  
te obligaban a ver de otra manera el día  
y guardaban  
en sus miradas cautivas y de una prudencia exquisita  
la dulzura de Alemania antes de las dos guerras.  
¿Fueron ellas  
las que con sus brebajes provocaron

aquella sucesión de mundos transparentes  
y abismales que tenían  
más consistencia que los sueños?  
¿Mi cabeza era sólo el cuenco  
de su sabbat alucinante?

Ah, qué noches más pavorosas  
y más radiantes  
y más felices  
aquellas de Berlín.  
Noches que parecían  
espejos de fuego rojo y de fuego negro,  
noches en un bosque  
de rostros que desvelaban  
honduras de pesadilla.  
Volvieron a mí recuerdos  
inmensamente muertos,  
sueños que se habían extinguido  
como aerolitos pulverizados  
en el mar de cenizas que separa  
una galaxia  
de otra  
y una neurona  
de otra neurona,  
y volvieron a mí las voces  
más oscuras del pasado.

Mi ventana daba a la calle;  
bajo los espesos árboles  
circulaban los transeúntes.  
El sol de oro viejo parecía  
un regalo tardío, pronto llegarían los fríos  
vientos de la estepa  
y el otoño dejaría de ser benigno.  
El aire  
tenía la fragancia  
de la hierba mojada  
y por encima  
de mi cabeza tiritaban  
como ínfimas y lejanísimas conciencias  
miríadas  
y miríadas  
de estrellas.

De pronto empezó a llover  
y vi  
la luna roja tras la lluvia.  
La vi  
en una calle de Berlín este  
en la que había estado cuando corrían  
los días del telón de acero:  
ráfagas  
de ámbar  
velaban apenas la luna,  
velaban apenas las caras  
que me quemaban los ojos y el pensamiento.

Un año después,  
hallándome a la sombra del monte Abantos  
volvió a mí el recuerdo de las noches de Berlín  
y otros muchos recuerdos,  
y otros muchos sueños que me parecían ajenos  
y que a la vez surgían de mi más  
ardiente intimidad.  
Estaba a punto de empezar la primavera  
y el viento aullaba entre los pinos atormentados  
que crecían al borde de las barrancas.  
Bajo el influjo  
de esos aires estremecidos  
empezaron a aparecer ante mis ojos  
las ciudades rojas,  
los pabellones rojos donde el agua bebe  
ideogramas rojos,  
los bosques rojos, las praderas rojas  
y los mares rojos.  
Fueron diecinueve visiones que me dejaron  
en otro universo,  
fueron diecinueve golpes  
en el gong de bronce de la memoria  
de todo lo que he sido  
y de lo que nunca he sido ni seré.  
¿Me estaban mostrando esos sueños  
el camino  
del desvelamiento?  
Pero ¿de qué  
desvelamiento?  
¿Hay algún misterio que no quepa  
en una molécula  
de hidrógeno?  
La noche es un espejo sin fondo  
en el que caben todos los incendios.

---

## **2. Los jardines rojos**

A veces tengo sueños  
de una transparencia diamantina.  
Veo islas llenas de cipreses  
en un mar que ni es  
el del origen  
ni es el del fin del tiempo.  
Y en esas islas veo un sol lleno de sed:  
es la hora de los jardines rojos.  
Las islas se convierten en vergeles cárdenos  
flotando en un mar más rojo que el atardecer.  
Prefiero no saber  
qué sentido tienen  
esos jardines en mi mente,  
esos jardines de fiebre y silencio  
y brisas muy leves  
y templetes blancos  
y cipreses rojos.  
Tengo la impresión de que están deshabitados,  
de que nadie  
ha mancillado todavía los jardines del poniente  
que persisten al fondo de mi mente.  
No parecen ubicarse en el lugar de la muerte  
y por eso sé  
que ni siquiera el sueño eterno  
me permitirá llegar alguna vez a ellos.